

EL TRANSITO DE SANTA MARIA MAGDALENA A LOS CIELOS

Alejandro Pinel Alonso

Escalonillero/a, cuando visites, cuando te encuentres en nuestra Iglesia Parroquial eleva la vista y observa con atención el cuerpo superior del retablo del Altar Mayor; fíjate en su parte central, la más recargada, como en su ascenso penetra en el artesonado del techo, y comprueba como en su centro ha dejado espacio para acoger a una obra pictórica, bien elaborada técnicamente y de un gran significado para los lugareños. Seguro que en alguna ocasión habrás sentido la curiosidad de conocer lo que el pintor nos ha querido transmitir sobre nuestra santa patrona y te habrás hecho algunas preguntas al respecto. Yo, tengo que confesaros que he sentido muchas veces esa misma curiosidad, y que desde un buen día del año 1992, tras haber sido limpiada la pintura y llegarme sus colores cálidos con mayor nitidez, se ha incrementado, y mi mirada se dirige, casi sin pretenderlo, escrutadora y curiosa, domingo tras domingo, a ese magnífico lienzo para tratar de retener hasta sus más pequeños detalles que me ayuden a comprender el mensaje del autor; perdiendo, ante esta nueva dimensión, importancia otros menores relacionados con su autoría y que, sin duda, algún día conoceremos.

Es una pintura típicamente barroca que sigue, en líneas generales, los modelos de las Inmaculadas, el tema religioso más socorrido en el siglo XVII, con atmósferas cálidas y doradas y el aire místico que precisan los cuadros religiosos, pues era necesario aproximar la religión al pueblo. Se generalizó el óleo y el lienzo, ya que este último permitía la pintura de cuadros de proporciones mucho más grandes que la tabla y, gracias a él, los cuadros de los retablos mayores eran todo lo gigantescos que exigía el sentido de la grandiosidad de los artistas barrocos. Antolinez (1635-1675), pintor representativo de la escuela barroca madrileña del siglo XVII, que nos dejó entre sus cuadros un Tránsito de la Magdalena, (Museo del Prado), creó un inconfundible tipo de Inmaculada caracterizado por la amplia dobladura que forma el cuerpo de la Virgen inclinado sensiblemente hacia la izquierda, que nos hace recordar nuestra obra. En el barroco, que se había iniciado en el siglo XVII y se extendió hasta la mitad del XVIII, se pinta todo cuanto se ve, lo feo y lo bonito, lo agradable y lo molesto; tanto una hermosa Venus como un cadáver putrefacto. El pintor abandona el taller para buscar temas en la misma naturaleza; también se estudia al individuo y se intentan captar sus estados emocionales. El realismo determina el auge de temas cruentos, pero época de grandes persecuciones, el siglo XVII lo fue también de recompensas, de canonizaciones y beatificaciones. Y, junto a lo real, triunfa lo maravilloso; es sobre todo el misticismo, el cálido contacto con Dios lo que se representa. Ello obliga a introducir elementos sobrenaturales y efectos teatrales en la escena: resplandores salpicados de nubes y humos de incienso donde bellas figuras de ángeles entonan suaves salmos. Los temas religiosos se multiplican hasta el infinito ya que era preciso contar las vidas gloriosas de los santos de la Iglesia, por lo que son frecuentes las series de lienzos a ellos dedicados para decorar iglesias y claustros de conventos. En la iconografía de la época, María Magdalena aparece representada como cortesana o, mucho más frecuente, como penitente, penitente en el desierto, sobre todo a partir de la Contrarreforma. Como cortesana suele ir acompañada del frasco de perfumes

que derramó en los pies de Cristo; como penitente, ostenta una larga cabellera con la que se cubre a veces. Las grandes conquistas del barroco son la luz, el movimiento y el colorido; predominando las composiciones asimétricas, donde las diagonales ocupan un lugar preeminente. Nos encontramos en la época culminante de la pintura española donde los artistas, entregados al arte del pincel, se esforzaron por plasmar una visión trascendente, sobrenatural, aunque se refiera incluso a personajes puramente humanos. El realismo desempeña un papel director en la representación, pero hay que esforzarse por averiguar lo que se esconde detrás de él. Los gestos y los atributos desnaturalizan el aparente significado real de la obra; pues hay que recordar, por ejemplo, como San Ignacio de Loyola recomendaba al pecador que colocara la mano sobre el pecho si estaba con deseo de arrepentirse; otro tanto cabría decir de la mirada que, cuando se dirige hacia lo alto, es indicio de oración.

El tema central de la obra, la ascensión de la santa a los cielos transportada por dos ángeles rubios de extraordinaria belleza, se encuentra encerrada en un triángulo, prácticamente de lados iguales, que tiene sus vértices en los pies de la santa, en su mano izquierda y en las manos del ángel que se alza sobre el brazo derecho de la Magdalena. El contraste del rojo de los ropajes de los ángeles con el azulado y marrón de los de la santa, hace que destaque en el conjunto de la pintura el cuerpo suspendido de la Magdalena, que con su mirada orientada hacia el cielo en señal de oración y con el semblante de complacencia y abandono, nos transmite esa sensación mística y contemplativa que ejerce la influencia divina sobre ella. Los largos y abundantes cabellos que caen desenfadadamente sobre sus hombros, pretenden hacernos recordar el pasaje de su arrepentimiento, cuando lavó los pies de Jesús con sus lágrimas y los secó con ellos. La composición rompe su uniformidad a través de dos diagonales que ha introducido el autor y que sirven también para imprimir la fuerza ascensional que nos quiere transmitir. Me refiero al cuerpo del ángel de la izquierda -mirado el cuadro de frente-, que sigue la inclinación de uno de los lados del triángulo al que antes hacia referencia; en contraposición, esa otra diagonal más suave formada por los brazos de la Magdalena, mientras su cuerpo, dispuesto en forma vertical con amplia dobladura, prácticamente ingrávito, parece seguir el camino trazado por ese resplandor de rayos divinos procedentes del cielo, que se abre paso entre nubarrones oscuros. Todo está colocado y preparado para potenciar el movimiento ascensional ya iniciado de la santa que, incluso, se encuentra ya con los pies ligeramente despegados del suelo.

Con la disposición del paisaje áspero y prácticamente desnudo de vegetación, característico de zonas esteparias o desérticas, el pintor ha dotado a su obra de perspectiva, de profundidad y le ha servido para acercar el tema tratado al espectador y para situar en el espacio adecuado el hecho que pone de relieve. En el vértice inferior izquierdo, en un plano secundario, ha colocado dos pequeños angelitos desnudos, de carnes rosadas, para representar la temporalidad de la vida terrestre, la muerte -ángel que sujeta en sus manos una calavera-; y el triunfo de la Iglesia, de la vida eterna -ángel que eleva con su mano derecha un copón (?)- (también podría tratarse del frasco de los perfumes, símbolo que acompaña a las pinturas de la Magdalena,

fundamentalmente cuando se la representa como cortesana, aunque no es el caso que nos ocupa) y porta en la izquierda un libro, posiblemente los evangelios (el valor y la fuerza de la palabra, de la predicación, faceta en la que se distinguió la santa tras su arrepentimiento, según nos cuenta fray Santiago de la Vorágine con las siguientes palabras: “No debe extrañarnos que de unos labios que tan delicada y piadosamente habían cubierto de besos los pies de Cristo, brotase la palabra de Dios con especialísima unción”). En definitiva, el triunfo del amor de la Magdalena hacia Jesucristo tras vencer al pecado y los placeres terrenales.

Pero es inútil enfrentarse con la pintura barroca sin conocer la literatura contemporánea, ya que la pintura pone en marcha unas formas y unas ideas que en gran parte figuran en los libros; así pues, ha de explorarse la bibliografía de la época para tratar de penetrar en los secretos de la pintura. Sin duda, el pintor conocía bien la narración que de la vida de la santa realizó el dominico genovés, arzobispo de Génova desde 1292 hasta su muerte en 1298, fray Santiago de la Vorágine en su “Leyenda Dorada”, obra escrita en latín hacia el año 1265; hombre de inmensa cultura y uno de los escritores más sobresalientes y prestigiosos de la Edad Media, que con su compilación de las vidas de los santos cosechó, durante más de tres siglos, alabanzas muy superiores a las conseguidas por cualquiera que haya escrito sobre esa materia. Según la Leyenda Dorada, Santa María Magdalena, deseosa de entregarse plenamente a la contemplación de las cosas divinas, tras abandonar el camino de los placeres y del pecado y dedicarse, durante años, a predicar la doctrina de Cristo, se retiró a un desierto austerísimo; se alojó en una celda previamente preparada para ella por los ángeles, donde vivió durante treinta años totalmente apartada del mundo y aislada del resto de la gente. Durante todo ese tiempo, todos los días, en los siete tiempos correspondientes a las Horas Canónicas, los ángeles la transportaban al cielo para que asistiera a los oficios divinos que allí celebraban los bienaventurados. Con sus propios oídos corporales oía ella los cánticos que los gloriosos ejércitos entonaban, y alimentada hasta la saciedad, siete veces al día, con tan exquisitos manjares, compréndase perfectamente que cuando los ángeles, al concluir cada una de las siete Horas Canónicas del Oficio, la bajaban nuevamente al desierto, no sintiera la menor necesidad de tomar alimentos ni bebidas terrenales.

Este pasaje fue contemplado por un sacerdote que, buscando un paraje adecuado para hacer vida solitaria, fue a parar al desierto en que la Magdalena se encontraba, y construyó una celda a doce estadios de distancia de la ocupada por la santa. Un día el Señor permitió que dicho sacerdote, con sus propios ojos corporales, físicamente y con toda claridad, viera como los ángeles descendían de lo alto, llegaban a un lugar próximo a donde él se hallaba y subían al cielo llevando con ellos a una mujer. Al cabo de una hora vio de nuevo como aquellos ángeles, cantando himnos de alabanza descendían nuevamente a la tierra acompañando a la misma mujer que anteriormente consigo llevaron. Este sacerdote comprobó así que lo que había visto era real y escuchó de boca de la santa todo lo que la venía ocurriendo desde hacia treinta años, rogándole que fuese a ver a San Maximino (encargado por San Pedro de la atención espiritual de María Magdalena) y le contase lo visto, ya que muy pronto el Señor la sacaría definitivamente de este

mundo. Poco tiempo después, un domingo de Resurrección, la santa, tras recibir en comunión el cuerpo y sangre de Cristo en el oratorio de San Maximino, donde fue trasladada por los ángeles, rodeada del santo, de todo su clero y del sacerdote que había actuado de recadero, ante la base del altar, tendiose en tierra, y, estando en esta actitud, su alma emigró al Señor. Nada más expirar, de su cuerpo empezó a emanar un olor tan exquisito que todo el oratorio quedó impregnado de él, y cuantos entraban en aquel sagrado lugar percibían los efluvios de tan suavísimo aroma, que duró sin desaparecer unos siete días. San Maximino, tras ungir con suavísimos bálsamos el cadáver de la santa, lo sepultó reverentemente y rogó a los cristianos que cuando él falleciera, enterrasen su cuerpo al lado de la Magdalena.